

Examen de dinero

1. Tomar conciencia de la presencia de Dios.

"Dios, mientras nos sentamos juntos esta tarde, ayúdame a reconocer y estar consciente de tu presencia. Mientras me dispongo a reflexionar sobre mi día, particularmente en lo que se refiere al dinero que me has confiado, ¿me ayudarías a escuchar bien y a confiar en ti cuando me reveles sobre cosas que están pasando en mi corazón?"

2. Reflexiona sobre tu día:

Tómate un tiempo para repasar mentalmente tu día, empezando por el principio. Pídele a Dios que te ayude a ver cosas de las que quizás no te diste cuenta hoy.

¿Hubo momentos hoy en que sentiste que no tenías suficiente de algo? ¿Cuál fue tu respuesta?

¿Hubo momentos en que te invitaron a regalar algo o a prestar algo a alguien? ¿Cuál fue tu respuesta?

¿Cuándo experimentaste satisfacción hoy? ¿Descontento? ¿Cómo respondiste a estos sentimientos?

¿Cómo Dios te proveyó hoy?

3. Lleva tus emociones y respuestas a Dios:

"Hoy, Padre, confieso que hubo momentos en que me sentí ansioso y temeroso en lo relacionado con mi dinero y mis posesiones..."

"En otros momentos hoy, me sentí agradecido por tu provisión y bondad para conmigo. Gracias, Señor, por la manera en que me has provisto hoy..."

"Confieso que, aunque tengo todo lo que necesito, sigo encontrándome a mí mismo deseando más o deseando algo diferente. Dios, ¿me ayudarías a ver por qué es así, y me enseñarías a contentarme con los recursos y la vida que me has confiado?"

"Honestamente, hay veces que me he sentido atrapado por mi 'falta' o 'abundancia' de posesiones. Sé que deseas que sea libre. ¿Me ayudarías a dar un paso para experimentar esta libertad?"

4. Medite/ore la Escritura

“Es cierto que con la verdadera religión se obtienen grandes ganancias, pero solo si uno está satisfecho con lo que tiene.. Porque nada trajimos a este mundo, y nada podemos llevarnos. Así que, si tenemos comida y ropa, contentémonos con eso.” (1 Timoteo 6:6-8).

“Dios, ¿quieres hacer en mí un corazón contento...?”

5. Mirar hacia el mañana.

Termina en uno o dos minutos en silencio con las manos abiertas, descansando en la verdad de que Dios te conoce, te ama y desea bondadosamente hacerte crecer y transformarte en esto. Nos invita a asociarnos con Él, pero es Él quien hace el trabajo pesado. A medida que abrimos nuestros corazones a Dios, y reconocemos dónde estamos, Él tiene la gracia de encontrarnos allí y hacernos crecer a un ritmo que podamos manejar.